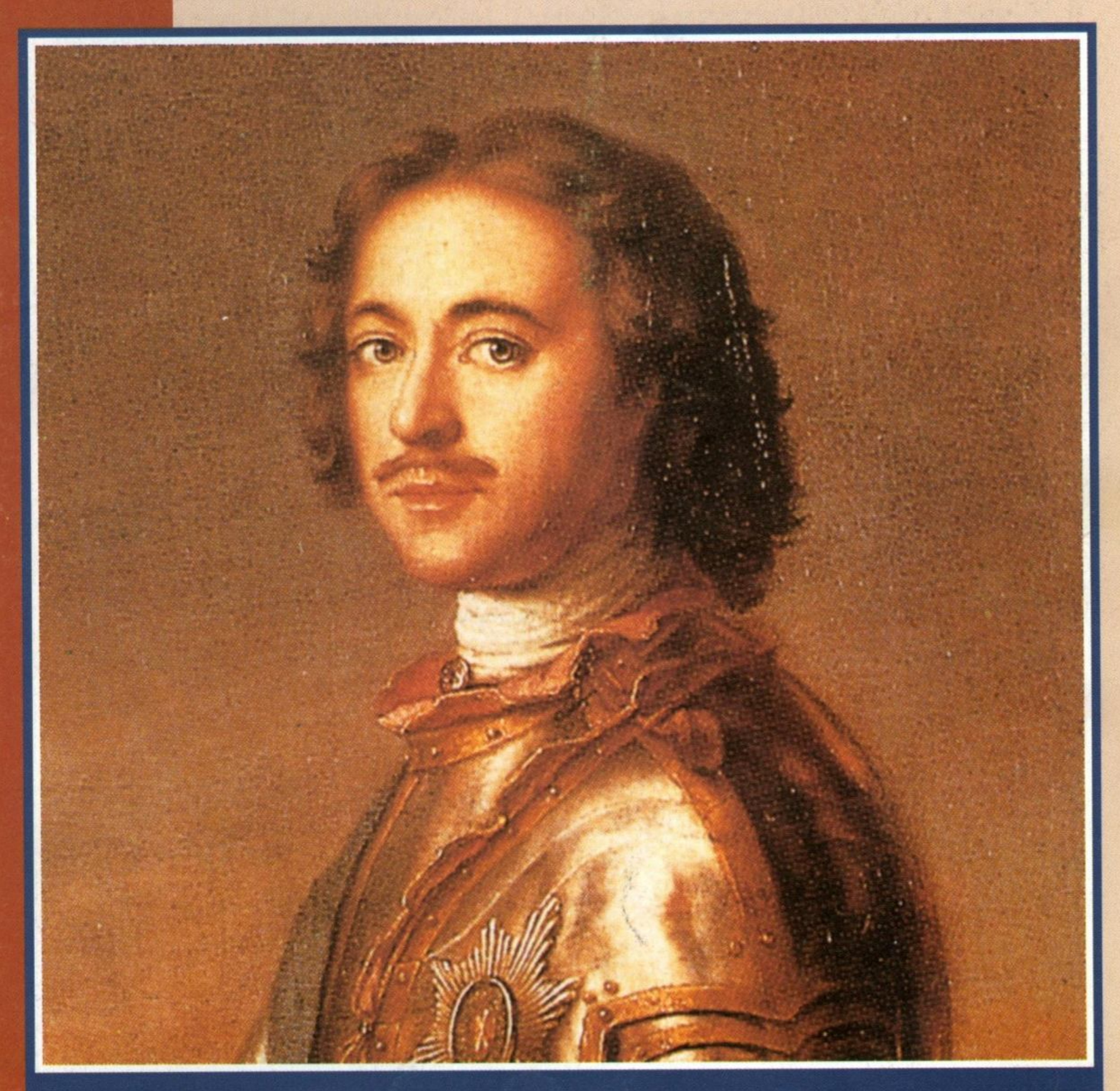
Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Pedro el Grande

Juan Manuel Carretero

76

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-43833-1996

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En la portada, retrato de Pedro I el Grande (por Nattier, Museo del Ermitage, San Petersburgo). Izquierda, catedral de San Basilio, de Moscú (detalle de un mapa ruso del siglo XVII)



Revista de tropas
en tiempos de Pedro I el Grande

La Rusia de Pedro el Grande

Juan M. Carretero Zamora
Profesor de Historia Moderna
Universidad Complutense de Madrid

Rusia era todavía en la segunda mitad del siglo XVII un país de estructuras orientales, aislado de las profundas transformaciones de las sociedades europeas occidentales. El Imperio de los zares —en continua expansión territorial desde el siglo XVI— se articulaba en un absolutismo político de raíz confesional, donde la Iglesia ortodoxa y la monarquía constituían un todo político indiferenciado; de hecho, en las manifestaciones externas del poder, tanto el zar como el patriarca ortodoxo ocupaban un trono de igual importancia, gobernando ambos conjuntamente las extensas y poco vertebradas tierras rusas.

Sus estructuras económicas y sociales venían definidas por el atraso, la pobreza, la debilidad demográfica y el aislamiento más completo en lo geográfico, material e ideológico. Tras un siglo XVI de apreciable expansión demográfica y económica, fruto de la actividad roturadora y la ocupación de las nuevas tierras del este, sucedió un seiscientos de estabilización e incluso, en algunos aspectos, de retroceso. En efecto, pese a que la superación de la crisis empezó a evidenciarse en la segunda mitad de la centuria, el desarrollo demográfico no pudo superar las pérdidas acumuladas en el pasado: la población al finalizar el siglo XVII era apenas un 15 por 100 superior a la del XVI.

Esta situación tuvo consecuencias decisivas en el desarrollo económico y en la estabilidad social del Imperio. La debilidad demográfica impidió la racional ocupación de los nuevos territorios ante una mano de obra escasa y constantemente aminorada por continuas levas militares.

Esta situación se complicó por la presión de los terratenientes en su deseo de inmovilizar al campesinado en la tierra, en una coyuntura favorable a los señores por la consolidación de una economía agraria dinamizada por el aumento de la demanda de granos por el mercado interior.

La consecuencia inmediata de este fenómeno refeudalizador fue el incremento de las tensiones sociales en los campos, agudizadas por el fracaso de ciertas medidas reformistas —por otro lado, muy tímidas— desarrolladas en la segunda mitad del siglo. Es cierto que se intentó dulcificar la situación del campesinado a costa del enorme poderío económico de la Iglesia: cierre de la mitad de los monasterios, secularización de parte de las propiedades eclesiásticas, manumisión de más de un millón de campesinos siervos de la Iglesia, que se convirtieron en un campesinado dependiente del Estado con una mejora social y económica evidente, etcétera. Pero la reforma no sólo fue insuficiente, sino que subrayó los males estructurales del Imperio.

Para el campesinado los efectos de la reforma fueron, en la práctica, inapreciables. A la causa común de descontento por las cargas personales de la servidumbre, se unieron otros motivos de protesta, si cabe más profundos, que se reproducirán no sólo durante el gobierno personal de Pedro el Grande, sino a lo largo de dos centurias, para convertirse en una situación permanente de inestabilidad social. El campesino ruso protestará por la corrupción generalizada y el desgobierno, por los gravámenes fiscales y levas militares y, lógicamente, por la pervivencia de los excesos en las servidumbres señoriales. Para el campesinado de los nuevos territorios originariamente no rusos, a estos males comunes se unirán otros específicos: el desorden y abusos de la colonización rusa y, con frecuencia, la defensa de sus amenaza-

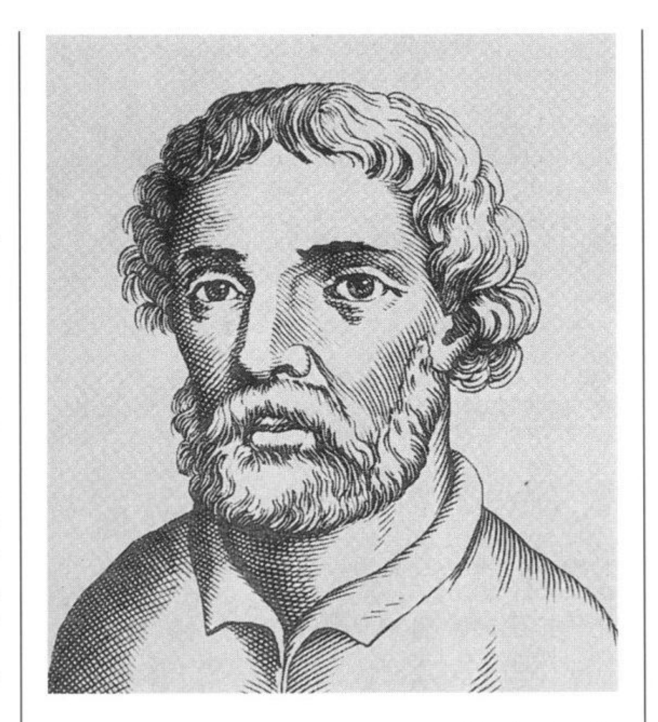
das creencias religiosas, como sucedía con las poblaciones islámicas.

Que se trataba de males estructurales y no fruto de una determinada coyuntura lo demuestra la unanimidad en el tiempo de las proclamas de los grandes dirigentes revolucionarios —campesinos o no— durante más de un siglo. En la revuelta de 1670-71, Stenka Razin proclamaba: *Por Dios y el Profeta, por el soberano y la hueste (cosaca)..., expulsar a los alguaciles de las ciudades, e ir hacia Moscú contra los terratenientes.* Bulavin, en 1707-1708, reproducía los mismos lugares comunes de la anterior revuelta, aunque introducía nuevos lemas propios del momento: el odio nacia los burócratas y la xenofobia hacia los alemanes asentados en el país: *Matar a los terratenientes y los logreros, y a los alemanes; nuestros enemigos son los terratenientes y los que cometen injusticias.* Y Pugachov en 1774 —a un siglo de las proclamas del revolucionario Razin— mantenía los mismos postulados: liberación de los siervos, vuelta a las tradiciones y lucha contra señores, burócratas y jueces. Así afirmaba:

Concedamos a todos los que hasta ahora han sido siervos y han estado sometidos a los terratenientes... La antigua cruz y oraciones, cabezas y barba, libertad y exención... sin levas, sin impuestos, con posesión de la tierra... y libertemos a todos los hasta ahora oprimidos por los terratenientes malhechores, los funcionarios y los jueces venales.

Para la Iglesia ortodoxa, agraviada directamente por las secularizaciones, la tímida reforma redujo su poder económico y social. Pero, sobre todo, confirmó sus sospechas de los males de la *occidentalización,* e inició un peligroso fenómeno de profundización en las raíces ideológicas de lo que ella consideraba *lo tradicional,* esto es la confesionalidad del Estado, el rechazo de las moderadísimas medidas de modernización y en definitiva, el mantenimiento de su privilegiado estatus dirigente en la sociedad rusa.

Vio además, en las tendencias hacia la modernización y en el creciente fortalecimiento de la monarquía como eje exclusivo del Estado, el resultado de una tiranía maligna; este fenómeno —fortalecido por el radicalismo del grupo religioso autodenominado de *los antiguos creyentes*— contó con el apoyo de gran número de campesinos y pequeños comerciantes, y se encontraba plenamente asentado antes de la llegada al trono de Pedro I. De hecho, la bandera y símbolo de las resistencias antioccidentales en el siglo XVII —el arcipreste tradicionalista radical Avvakum, enemigo de cualquier reforma, fue detenido y posteriormente quemado vivo en 1681— siguió siendo utilizada por los sectores ortodoxos durante gran parte del setecientos.



Stenka Razin (grabado S. XVII, arriba). Campesino ruso de la época (derecha)

Así pues, en vísperas del acceso al poder del futuro Pedro el Grande, se encontraba predibujada una serie de tendencias y fenómenos: una monarquía deseosa de desligarse del pesado tutelaje de los sectores más tradicionales de la Iglesia ortodoxa, ciertos grupos sociales —muy minoritarios aún— proclives a asumir las propuestas culturales de Occidente, una masa de campesinos y siervos que apenas si había logrado transformar una realidad social y económica exasperante y, por último, una Iglesia cada vez más alineada en la defensa de las tradiciones seculares.

Luchas y resistencias

Pedro I, físicamente un gigante para su época —medía dos metros— y per-

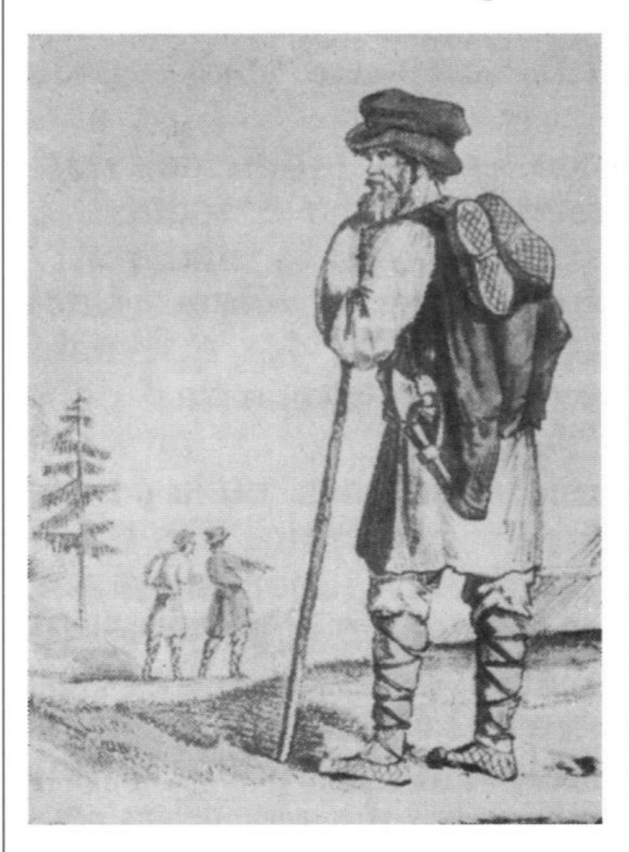
sona de enorme solidez anímica, poco inclinado a la especulación intelectual y enamorado de la mecánica, fue heredero y quizá, pese al vigor y empeño de su política reformista, legatario de la situación final del siglo XVII. Su ascensión al poder se inició dentro del complicado entramado de las luchas cortesanas. Hijo del segundo matrimonio del zar Alejo, se vio apoyado por la bandería de la familia de su madre, los Naryshkin; frente a él se alinearon los intereses de la primera mujer de su padre: los boyardos Miloslavski.

La familia Miloslavski junto con el príncipe Jovansji, jefe del consejo militar, organizó en 1682 un verdadero golpe palaciego con la ayuda del brazo armado de los *streltsí,* o arqueros. Con Pedro y su hermanastro Iván como zares teóricos, el poder efectivo fue asumido por Sofía, hermana de ambos, y el príncipe Golitsyn, su favorito. Pedro y su madre fueron obligados a abandonar la corte y buscar refugio en el pueblo de Preobrahenskoe, lugar cargado de futuro para el zar; allí entró en contacto con un grupo heterogéneo de personas que formarán desde entonces su entorno más sólido: sus maestros François Lefort y Patrick Gordon, que le pondrán en contacto con la realidad de la Europa occidental; Alejandro Ménshikov, su futuro colaborador y lugarteniente, hombre de origen humildísimo que ostentará el máximo poder junto al zar, llegando a alcanzar el título de príncipe, y muchos otros del arrabal alemán.

Fue, pues, un exilio enormemente fértil para Pedro; su formación previa era elementalísima y reducida a precarios conocimientos religiosos. Allí su mente se amplió al ponerse en contacto con la nueva ciencia racionalista y experimental, obtuvo una aproximación a la matemática y a las disciplinas militares occidentales y, sobre todo, logró un núcleo de colaboradores que le aconsejaron sobre la necesidad de efectuar una transformación radical de las estructuras rusas.

Entretanto, el devenir político de la corte obraba en favor de Pedro. Para él, la regente Sofía era el símbolo de la Rusia que debía ser transformada: tradicional, apegada al integrismo ortodoxo, violenta en la decisión política y, en definitiva, irracional y oscurantista. El asesinato de Jovanski, inspirado por la regente, y el fracaso de la guerra de Crimea (1687-1689), alentada por ella y su favorito Golitsyn, produjeron un profundo malestar que Sofía intentó contrarrestar en 1689 con el intento de sublevación de los arqueros *streltsí* contra el zar Pedro. La huida de éste al monasterio de Troitse-Serguievski le posibilitó crear un frente de oposición a la regencia, al que muy poco se unió parte de los mismos *streltsí* y las milicias nobiliarias. En septiembre de 1689 la regente y su gobierno caen, dando lugar a otro —encabezado por los Naryshkin, parientes de Pedro que dirigieron el Imperio en nombre de los dos zares hermanastros: Pedro I e Iván.

Pedro inició su gobierno personal en 1695, favorecido por la incapacidad física e intelectual de Iván. Su primera



decisión de gobierno fue la búsqueda de la salida al mar por Azov que le permitiera, al mismo tiempo, asegurar las fronteras del Sur ante las incursiones de los inquietos tártaros. Ante las dificultades de su empresa, pronto vio la necesidad de establecer lazos con las potencias europeas occidentales frente a turcos y suecos y, sobre todo, que para formar una armada y ejércitos poderosos precisaba de nuevas técnicas y expertos occidentales capaces de transplantarlas a la realidad rusa. Así comenzó su gran viaje a Europa en

1697. De incógnito —el zar se integró en la embajada rusa con el nombre de Mijailov— visitó Livonia, Prusia, Brandeburgo, Holanda, Inglaterra, Praga y Viena. La conclusión del mismo fue evidente para el joven emperador: la aproximación de Rusia a la realidad occidental pasaba por la reforma radical de la administración y de la sociedad.

Las primeras medidas de gobierno y el viaje a Occidente avivaron los ánimos de la oposición al monarca. Antes de la partida tuvo que sofocar otra intentona de los *streltsí,* auspiciada por la derrocada regente Sofía y los elementos más tradicionales: la jerarquía ortodoxa y ciertos sectores nobiliarios temerosos de un soberano de costumbres y usos de corte occidental. Un nuevo levantamiento de estos sectores se produjo durante el viaje; a su vuelta a Moscú la revuelta estaba ya sofocada.

El nacimiento de una potencia

Pedro I actuó con ejemplaridad oriental sobre sus opositores, y comenzó a imponer *manu militari* los usos y costumbres europeos. La posición beligerante de la Iglesia a su programa fue acallada en 1701 con la abolición de la institución del Patriarcado a la muerte de su titular, Adrián. Desde entonces, descabezada la jerarquía ortodoxa, el poder religioso fue reproducido desde un consejo de monasterios, órgano creado *ex profeso* por el zar para el control de la Iglesia.

Tras su experiencia en la campaña de Azov de 1694, Pedro el Grande consideró imprescindible, para su programa de expansión, la reforma profunda del ejército y la creación de una poderosa armada. El nuevo ejército fue configurado siguiendo las estructuras orgánicas de las fuerzas occidentales; singularmente se basó en las teorías del alemán Weide. Se importó material militar y se optimizaron las producciones propias de la industria de los Urales. Se reformó la enseñanza militar con la creación de academias y escuelas especiales y, sobre todo, se nutrieron las necesidades de su ejército con la obligación para la nobleza terrateniente de adquirir una adecuada captación militar, además de su total disponibilidad al servicio del zar. Pedro I llegó a contar con un poderosísimo ejército de casi 200.000 soldados y gran número de piezas de artillería y con una estimable armada que creó prácticamente de la nada, y en la que depositó su experiencia personal adquirida en Holanda.

En 1699 Rusia inició los preparativos para la conquista de las tierras del Báltico ocupadas por Suecia: el zar buscaba la salida al mar por el Norte. Por el acuerdo de Moscú de ese mismo año, Rusia obtenía el apoyo de daneses y polacos; en julio de 1700 se aseguró el flanco sur del Imperio tras el tratado de Estambul, que ponía fin por el momento a las tensiones con Turquía y consolidaba la presencia rusa en Azov. Al mes siguiente Rusia comenzaba la llamada Guerra del Norte con un ataque a la fortaleza sueca de Narva. Carlos XII de Suecia logró la capitulación de los daneses tras el asedio de Copenhague, debilitando la posición de Pedro I, al que derrotó en noviembre en los mismos campos de Narva.

Los suecos tras su victoria se limitaron a ocupar Polonia, permitiendo la rápida reconstrucción del ejército ruso. A fines de 1702 el zar lanzó una nueva ofensiva contra los suecos en el Báltico conquistando Noteburg; en 1703 ocupa la desembocadura y delta del río Neva, iniciándose de inmediato la construcción de lo que sería la puerta hacia Occidente: la ciudad de San Petersburgo. En los años siguientes (1703-1705) Pedro el Grande consolidó su posición en el Báltico con la toma de la fortalcza de Narva y la ocupación de gran parte de las tierras tomadas por los suecos en las orillas del Báltico. Suecia, en cambio, no otorgó demasiada trascendencia táctica a dichas pérdidas, puesto que Carlos XII nunca pensó seriamente atacar Rusia desde el Norte; su objetivo era tomar Moscú desde el Oeste. Para ello en 1706 derrota de nuevo a Augusto II (al que los suecos ya expulsaron de Polonia en 1704) ocupan Sajonia y amenazan directamente al zar Pedro I.

En esta coyuntura tan adversa, Rusia intenta la mediación de Inglaterra para una hipotética negociación con los suecos; sin embargo, la maniobra diplomática fracasa. En 1708 Carlos XII de Suecia inicia la invasión de Rusia por el oeste con un ejército de unos 40.000 hombres, amenazando, asimismo, con su flota las posesiones rusas



en el Báltico. La reacción de campesinos y comerciantes rusos a la invasión sueca fue unánime y de enorme eficacia: quemas sistemáticas de cultivos y poblados, formación de bandas guerrilleras que diezmaron el ejército sueco. Carlos XII quedó aislado y sin intendencia en medio de las llanuras rusas: el invierno hizo el resto...

Desconociendo las dificultades internas de Pedro I —agitaciones políticas y revueltas campesinas— las tropas



suecas intentaron apoyarse en los cosacos ucranianos, siempre proclives a la sublevación contra el zar. Estos, que contaban con un numeroso ejército evaluado en unos 20.000 hombres, en el momento decisivo, rechazaron las ofertas de Carlos XII. Entre tanto, el zar Pedro deshacía otro ejército sueco que desde Riga pretendía enlazar con las tropas situadas en Ucrania. En Lesnaya, Pedro, con su victoria sobre el ejército sueco del Norte, puso los fundamentos de su triunfo final sobre Carlos XII.

Además de esta derrota, Carlos XII y sus tropas hubieron de soportar los rigores del siguiente invierno: la calamitosa —para toda Europa— invernada de 1708-1709. Los suecos, debilitados por las adversidades climáticas y la falta de suministros, sobrevivieron sobre el terreno a costa del campesinado, creando en el mismo un odio exacerbado, que produjo frecuentes choques armados y, en definitiva, la extensión por los campos de un cierto espíritu de lucha nacionalista. Con la primavera Carlos XII se reafirmó en su idea de ocupar Moscú; marchó hacia la ciudad de Poltava, sitiándola. Pedro el Grande —en una maniobra que anticipaba las técnicas napoleónicas— sitió a los sitiadores; el 28 de junio de 1709, tras diversos ataques suecos, la caballería rusa de Alejandro Ménshikov y la misma intervención personal del zar decidieron la batalla. Carlos XII tuvo que huir hacia tierras de Turquía, dejando en los campos de Poltava más de 16.000 prisioneros.

Poltava fue, pues, decisiva; su repercusión en Europa, enorme. Pedro el Grande pudo recomponer sus pactos con daneses y polacos —nuevamente gobernados por Augusto II— y Prusia firmó un tratado defensivo con él. Suecia por su lado esperaba el apoyo de las potencias occidentales, temerosas del éxito ruso: Holanda, Austria, Inglaterra y Francia. Pero la Guerra de Sucesión de España quizá evitó la reacción, sobre todo, de las marítimas. En 1710 el campo de acción de Pedro I se trasladó al Báltico: ocupa Riga, Reval y Dinaburg. Más tarde toma Carelia y el estratégico enclave de Viborg.

Turquía, presionada por las potencias occidentales, declaró la guerra a Rusia en 1710. Un año después, el ejército ruso apoyado por moldavos y serbios, atraviesa el Danubio; Pedro I, cercado por tropas muy superiores, es derrotado en el río Prut por los turcos. Hecho prisionero, es inopinadamente liberado: tuvo que ceder Azov y permitir el regreso a través de Rusia de Car-



Izquierda, batalla de Narva (1700); arriba, batalla de Poltava (1709). En aquella fue derrotado Pedro I; en ésta, el zar obtuvo una victoria decisiva sobre los suecos

los XII y los restos de sus tropas refugiados en Turquía. El zar, pese a la derrota ante los turcos, salió de hecho reforzado al consolidar la frontera sur y poder dirigir todos sus esfuerzos hacia el Báltico. Su idea era ahora debilitar definitivamente a los suecos en el Oeste (Pomeramia) y en el Norte (Finlandia). Se inicia la ocupación de parte de Finlandia y en 1713 la armada rusa derrota a la sueca en el cabo Hangoudd.

La conclusión de la Guerra de Sucesión española, con los acuerdos de Utrecht y Rasstadt, permitió un respiro a los suecos apoyados por Inglaterra. Varios intentos de la armada inglesa por destruir la rusa fracasaron estrepitosamente en 1719-1720; en cambio, Pedro I consiguió una victoria definitiva sobre los suecos en la batalla naval de Gregan, que abre el camino para la conclusión de la Guerra del Norte. Por el tratado de Nystadt de 1921 Rusia consolida su hegemonía en el Báltico con las adquisiciones de parte de Carelia, Estlandia, Liflandia, etcétera. Cede Finlandia y promete ciertas compensaciones económicas a los suecos, pero consagra su definitiva salida al mar con la posesión incuestionada de Viborg.

San Petersburgo, la modernización premeditada

Rusia se convirtió tras el tratado de Nystadt en una potencia de primer orden en Europa, imponiéndose en la zona a los tres grandes Estados hasta entonces hegemónicos: a una Polonia en decadencia desde 1650; a una Turquía frenada tras los acuerdos de Carlowitz (1699) y Passrowitz (1718) y, sobre todo, a una Suecia definitivamente hundida, a la que sustituirá como árbitro en el Báltico. Pedro I —nombrado emperador por el Senado ruso como premio a sus éxitos— asentó y prediseñó el alto papel reservado a su país en la política internacional de la Europa de la segunda mitad del siglo XVIII.

En plena guerra con Suecia y ante la primera conquista de entidad en el Báltico, Pedro I, como la mayoría de los monarcas absolutos de su época, simbolizó y plasmó su programa político y su impronta personal con la cons-

trucción de una ciudad: San Petersburgo. Era éste el símbolo de la nueva Rusia, de la racionalidad, de lo nuevo, *ventana abierta a Europa,* como la definió un viajero italiano; frente a ella quedaba lo tradicional, lo religioso, lo oscuro, representado por Moscú.

De esta forma consciente y voluntaria, Pedro I construyó un dualismo enormemente fértil para la historia y la cultura rusas. Si Moscú fue lo sagrado, la raíz que nutrió lo permanente y el símbolo de la antiilustración, San Petersburgo será lo secular, lo ilustrado y, quizá tambien, lo ateo. De hecho, para muchos rusos la construcción de la ciudad se consideró inútil e incomprensible. No fue casual, pues, que el sucesor de Pedro el Grande, Alejo, meditara devolver la capitalidad del Imperio a Moscú.

Iniciada la construcción en 1703 en las orillas del río Neva —en ruso, lodo— las obras consumieron ingentes esfuerzos humanos y económicos. Pero todos los obstáculos fueron superados por la tenacidad del zar, animado por la idea de edificar de la nada, haciendo tabla rasa del pasado, una nueva Rusia, a la que simbolizó en la ciudad.

San Petersburgo se diseñó desde la racionalidad —rectilínea y geométrica en su planta— como forzada antítesis del sistema urbanístico tradicional ruso, basado en la aglomeración desorganizada de sus edificaciones. La idea era revolucionaria y carecía de precedentes en Rusia: *Ha aparecido la geometría / La topografía lo abarca todo / Nada en la tierra escape a la medición,* escribió un asombrado coetáneo.

Diseñada por arquitectos occidentales —italianos, ingleses, holandeses y franceses— la ciudad parecía europea en sus formas, pero su realización sólo fue posible gracias a un poder que, aunque imitador y devoto de lo occidental era, en su esencia y resultados, oriental. Nadie en Occidente podría haber edificado con la rapidez y eficacia del zar: movilizó a centenares de miles de trabajadores (se dijo que más de 150.000 murieron o enfermaron en los pantanos del delta del Neva), prohibió construir en piedra, salvo en su ciudad, ordenó el traslado allí de la nobleza... En diez años la ciudad contó con 35.000 edificios, y en veinte se pobló con más de 100.000 personas.

San Petersburgo se convirtió, pues, en el símbolo de la nueva Rusia y, so-

Cronología

1670-71
Gran revuelta campesina dirigida por Stenka Razin.

1672
Hijo del zar Alejo, nace Pedro en el Kremlin de Moscú.

1676
Muerte del zar. Regencia de su hija Sofía.

1682
Luchas nobiliarias por el poder. Golpe palaciego de los streltsí.

1684
Liga Santa contra Turquía: Austria, Polonia y Venecia.

1687
Creación de los regimientos Preobrazhenzky y Semionovski, núcleos del nuevo ejército ruso.

1687-89
Guerra de Crimea.



Abajo, oficial de *streltsí*. Derecha, Pedro I se adiestra para la guerra (miniatura del *Libro de Pedro I*, por Kreckhim)

1689
Matrimonio de Pedro con Eudoxia Lopukhina. Intrigas palaciegas y caída de la regente Sofía. Pedro y su hermano Iván, zares.

1692
Fin de la primera crisis con la Iglesia ortodoxa. Ratificación de los privilegios otorgados a los hugonotes en 1689.

1694-96
Campaña del Mar de Azov.

1695
Inicio del gobierno personal del zar Pedro I.

1697-98
Primer viaje de Pedro a la Europa occidental: Suiza, Holanda y Gran Bretaña. Fin de las revueltas palaciegas. El explorador Atlasov alcanza la península de Kamchatka, en el extremo oriente asiático.

1699
Acuerdo de Moscú sobre colonización de las tierras del norte. Tratados de Carlowitz con Turquía. Primeros decretos sobre administración local y territorial.

1700
Inicio de la Guerra del Norte que, con alternativas varias, transcurrirá hasta 1721.

1701
Abolición de la institución del Patriarcado ortodoxo y control de la Iglesia por el Estado. Academia de Mohyla de Kiev.

1702
Nueva ofensiva en el Báltico. Tolerancia oficial con todas las creencias religiosas.

1703
Ocupación de la desembocadura y delta del río Neva. Inicio de la construcción de San Petersburgo. Aparición del primer periódico ruso: Viédomosti —Noticias—.



1705
Consolidación rusa en Narva y otras tierras bálticas ocupadas. Estalla una gran revuelta en Astracán.

1706
Carlos XII de Suecia derrota al rey de Polonia y amenaza al poder del zar. Comienza la construcción de la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo.

1707
Insurrección en la región del Don dirigida por Bulavin.

1708
Fracaso de la invasión sueca; victoria rusa en Lesnaya. Fin de las insurrecciones populares.

1709
Contraofensiva sueca e intento de asedio a Moscú. Victoria rusa en Polta-

va. Construcción del canal que une el alto Volga y el Báltico.

1710
Ocupación de Carelia y otros puntos del Báltico. Guerra con Turquía, hasta 1713. Prisión y libertad de Pedro I. Modernización del viejo alfabeto eclesiástico eslavo.

1711
Ocupación rusa de las islas Kuriles, en el extremo oriente asiático. Abolición de la Duma de los boyardos y creación del Senado.

1712
El nuevo Senado asume la administración de los monasterios. La ciudad de San Petersburgo, erigida en capital del Imperio ruso.

1713
La armada rusa vence a la sueca en la batalla del cabo Hangoudd.

1714
Enfrentamiento entre el zar y la Iglesia ortodoxa.

1716
Conflicto entre Pedro y su hijo Alejo; prisión y muerte de éste. Regulación de la organización del ejército ruso.

1718
Acuerdos de Passarowitz con Turquía. Prokopovitch, principal asesor para las reformas: Escrito sobre el poder y la majestad del zar. *Primer censo de la población masculina del Imperio. La Administración del Estado, estructurada en nueve Colegios.*

1719-20
Batalla naval entre las armadas rusas y británica.

1721
Tratado de Nystadt: hegemonía rusa en el Báltico. Rusia, potencia europea de primer orden. Reglamento religioso sobre educación. Pedro, emperador —imperator— *de todas las Rusias.*

1722
Organización de la sucesión al trono. Campaña contra Persia en el Mar Caspio. El procurador general, ojo del soberano.

1724
Fundación de la Academia Rusa de Ciencias. Pososhkov: Libro de la pobreza y de la riqueza.

1725
Muerte de Pedro el Grande. Su viuda, Catalina, emperatriz. Bering explora el estrecho que lleva su nombre. Inestabilidad política, privanza de Menshikov.

1727
Muerte de Catalina. Pedro II, zar. Predominio de la nobleza tradicional.

1730
Muerte de Pedro II. Ana Ivanova, sobrina de Pedro I, emperatriz.

1731
Creación del cuerpo de cadetes. Privanza de Golytsin.

1736
Aflojamiento de la legislación sobre servicio al Estado.

1740
Muerte de la zarina Ana. Iván IV, emperador.

1741
Sublevación de la Guardia e imposición en el trono de Isabel, hija de Pedro I.

1753
Prohibición de los aranceles internos en el Imperio ruso.

1754
Creación del Banco Nacional de Crédito.

1755
Fundación de la primera Universidad de Moscú.

1762
Pedro III, sobrino de Isabel, accede al trono e impulsa una política de reformas. Una conspiración conduce a su abdicación y asesinato. Le sucede su viuda, la alemana Sofía de Anhalt-Zerbst, que reinará bajo el nombre de Catalina II.

bre todo, de la nueva cultura. La ciudad se convirtió en la puerta de entrada de la cultura europea de su época que habría de transformar a la sociedad rusa a través de sus élites dirigentes: San Petersburgo fue el origen y símbolo de la cultura oficial secular; Moscú, en la penumbra, quedaba ahora lejos. Científicos, escritores, teóricos de la economía y la política fueron frecuentemente invitados a ella: Leibniz, Herder, Wolf y muchos otros la visitaron por iniciativa de los zares. Pero la ciudad, enriquecida por los sucesores de Pedro el Grande con nuevos edificios, agudizó, todavía más, los fortísimos contrastes existentes en el seno de la sociedad rusa en los terrenos ideológico y cultural. Y quizá la mejor manifestación de ello, aunque muy posterior en el tiempo, sea el poema de Pushkin, titulado *El jinete de bronce*. Sobre los orígenes de la ciudad decía: *Pensó El: Aquí, para nuestra gloria, la Naturaleza ha ordenado que horademos una ventana a Europa; se alzará de pie junto al mar*. Ese *El*, el creador de la ciudad, es Pedro el Grande, autor —según el *Hombre del subsuelo* de Dostoievski— de la ciudad más abstracta y premeditada del mundo.

Tolerancia y secularización

Pese al monolitismo político e ideológico de la religión tradicional, la necesidad de especialistas cualificados extranjeros que colaborasen con la modernización de las estructuras rusas propició, desde antes de la llegada al trono del zar Pedro, el inicio de tímidos intentos de tolerancia religiosa propiciados desde la Corona y recibidos con la oposición frontal del patriarca y obispos ortodoxos.

Ya durante la regencia de Sofía se declaró la libertad religiosa privada de aquellos extranjeros que habían llegado como especialistas a trabajar en Rusia; en 1689 se dio un paso más, cuando la regente invitó a los hugonotes franceses a instalarse en el país, garantizándoles a cambio la más completa libertad religiosa.

Si en una primera fase (1689-1692) Pedro I se muestra cauto por no ahondar sus diferencias con una jerarquía ortodoxa que le presiona para que las minorías extranjeras no difundieran sus ideas en la sociedad, desde 1692 —con la ratificación de los privilegios otorgados a los hugonotes— las ideas de tolerancia religiosa y secularización del Estado se convierten en unos de los pilares más sólidos de la reforma estructural de Rusia. Y en este punto la influencia occidental recibida por el zar Pedro será decisiva; en efecto, el emperador se vio influido por sus maestros (el calvinista francés Lefort y el católico P. Gordon), por el cuáquero William Penn (con quien se entrevisto en 1698) y, sobre todo, por el conocimiento personal adquirido en su primer viaje a Occidente entre 1697 y 1698. Su estancia en Inglaterra y las experiencias históricas de Suiza, Holanda y la propia Inglaterra le confirman en un proyecto que ya no abandonará: la Iglesia deberá someterse completamente a los superiores intereses de la sociedad y del Estado; en de-



Pedro I (grabado, Biblioteca Nacional, Madrid)

finitiva, al dictado de la monarquía. Esto es, la crisis definitiva del absolutismo confesional. En 1702 la tolerancia religiosa se generaliza a todas las confesiones, demostrando Pedro I la plena capacidad de su poder soberano sobre la Iglesia ortodoxa.

En la base de la política religiosa del zar se encontraban consideraciones religiosas, intereses económicos y, sobre todo, exigencias sociales y políticas insoslayables. Frente a ella —con especial énfasis en los comienzos del rei-

nado— se alinearon aquéllos que defendían el orden tradicional y una Iglesia soberana y beligerante en los asuntos políticos: la alta jerarquía ortodoxa, poderosas familias de boyardos, príncipes electores e, incluso, miembros de la propia familia del zar; todos ellos con un fin único: situar a Pedro I al borde de la herejía y, consiguientemente, en el descrédito popular y político.

En efecto, en la base y como animadores de todas las revueltas palaciegas contra el zar —sobre todo las de 1689 y 1698— se encontraron invariablemente los denominados *barbudos,* esto es, la jerarquía ortodoxa; junto a ellos figuraban la zarina y ciertos grupos de cortesanos opuestos a la secularización de la vida rusa y al deseo de Pedro I de establecer un absolutismo monárquico desligado de la tutela eclesiástica.

La lucha del zar contra la jerarquía tradicional alternó medidas económicas con la supresión de usos y de costumbres tenidos como fermento del tradicionalismo y la oposición al cambio. El famoso *ukase* —o decreto del zar— de 30 de diciembre de 1701, base del control financiero de la Iglesia por la monarquía, fue el punto final de una política diseñada antes del primer viaje a Occidente en 1697, y cuya finalidad era la pérdida de la autonomía hacendística de prelados y monasterios. La orden de rasurar las barbas constituyó un aspecto simbólico de gran trascendencia, que se completó con una medida de eficacia definitiva: a la muerte del patriarca Adrián, Pedro I dejó definitivamente vacante este cargo, que sustituyó por el de un administrador patriarcal: el rector del colegio Mohyla de Kiev, Iavorski.

Desde ese momento el proceso de secularización de la vida rusa, especialmente en sus aspectos políticos, adquirió un impulso extraordinario. Pedro I, consciente de la importancia del fenómeno, supo rodearse de excelentes colaboradores. El primero de ellos fue el citado Iavorski; hombre de sólida formación, adquirida en el colegio polaco de los jesuitas, había alcanzado cierto renombre internacional como erudito. El zar le nombró administrador por considerarle un aliado de sus posiciones. En efecto, Iavorski había defendido las tesis del monarca cuando fue atacado por los sectores más intransigentes de la Iglesia ortodoxa acusándole de ser el anticristo.

Sin embargo, las relaciones entre Iavorski y Pedro el Grande no siempre estuvieron exentas de tensiones, para el zar la figura del exarca Iavorski fue siempre considerada como un mal menor frente a la intransigencia de la jerarquía ortodoxa, menos permeable que el administrador patriarcal. Las tensiones entre ambos venían de las aspiraciones mal disimuladas de éste, que siempre aspiró a que el cargo de administrador fuera un simple peldaño para alcanzar el patriarcado. Además, en su relación con el zar fue siempre poco disimulado en sus opiniones, con frecuencia de gran audacia.

En 1712 como consecuencia de la asunción por el Senado de la administración de los monasterios, respondió con un sermón violentísimo contra la figura del zar y su vida privada. En 1714 el enfrentamiento entre Iavorski y Pedro el Grande llegó a ser frontal como consecuencia del *asunto Tveretinov.* Tveretinov, médico formado por sus colegas alemanes de Moscú, fue acusado por Iavorski de ser un hereje luterano. En esta ocasión Iavorski, ferviente anti-luterano y seguidor a ultranza de la interpretación aristotélica de la escolástica tomista (tan difundida en la escuela teológica ucraniana en la que se había educado), fue desautorizado por el Senado y el propio zar.

Tras esta primera experiencia con Iavorski, Pedro el Grande pretendió realizar una reforma eficaz y profunda, alejándose de teóricos escolásticos, más proclives a las luchas religiosas de raíz dogmática y erudita, que a cambios sustantivos y prácticos. El zar buscó entonces altos prelados con inequívoco espíritu de servicio al Estado y a la monarquía. Pedro I quiso contar con un colaborador erudito, brillante, buen escritor y, sobre todo, convencido íntimamente de las bondades del absolutismo zarista. Ese hombre poco común fue Teófanes Prokopovitch, figura central de la secularización de la vida política rusa junto al propio monarca.

Prokopovitch había estudiado en la Universidad Gregoriana de Roma; en 1704 regresó a Rusia, y trabajó como profesor de poesía, retórica y filosofía en la Academia de Kiev, de la que fue rector entre 1711 y 1716. Famoso por su obra *Vladimir* (1705), donde denunció la ignorancia y los abusos sociales existentes, entró en contacto con el zar Pedro con ocasión de su sermón pro-



Palacio de Verano de Pedro I en San Petersburgo, obra de los arquitectos Trezzini y Schlüter

nunciado en 1709, después de la batalla de Poltava.

Nombrado en 1718, por decisión del zar, obispo de Pskov, se caracterizó por su fervor puesto en la idea de un Estado fuertemente influido por las ideas que anticipaban el fermento ilustrador. En ese Estado el zar aparecía como la encarnación del triunfo del hombre racional. En sus sermones hizo una llamada a la participación general en las reformas impulsadas por el monarca y, al mismo tiempo, lanzó feroces ataques contra la Iglesia ortodoxa, cuyos ritos y actitudes definió como contranaturales. Estas opiniones fueron utilizadas por Pedro el Grande como vehículo ideológico en la secularización del Estado.

Su identificación con los postulados del monarca fue total. Apoyó las tesis oficiales sobre los anacronismos económicos y técnicos que mostraba el país; inspiró el programa educativo del zar y, sobre todo, justificó doctrinalmente las ideas de Pedro sobre la tolerancia religiosa. Llegó incluso a defender en sus escritos los matrimonios mixtos entre mujeres ortodoxas y hombres de otras confesiones.

Puso Prokopovitch al servicio del zar un pensamiento profundo y riguroso de raíz occidental. Su biblioteca personal refleja las inquietudes dirigidas hacia los más logrados productos del pensamiento europeo: más de 750 autores, entre los que se podrían citar a sabios holandeses, franceses, escoceses, ingleses y suizos contemporáneos, clásicos como Lutero, Melanchton y Gerhard; jurisconsultos como Grocio y Pufendorf, etcétera. Con estos fundamentos intelectuales su labor se orientó a la defensa de la monarquía absoluta, reflejada en varios trabajos: *Escrito sobre el poder y la majestad del zar,* de 1718 y, muy especialmente, en *El derecho de la voluntad del monarca,* de 1722, en el que defiende con argumentos bíblicos y de derecho natural el poder ilimitado del monarca absoluto. Colaboró estrechamente con Pedro en la reforma de la educación eclesiástica y del régimen interior de los monasterios; de hecho, ambos textos normativos fueron inspirados directamente por Prokopovich.

La reforma económica y administrativa

Otra fuente de la reforma religiosa llevada a cabo por Pedro I fueron sus

experiencias personales extraídas de sus viajes a Occidente; su contacto directo con otras corrientes cristianas —luteranismo, calvinismo, anglicanos, cuáqueros y católicos— le proporcionó una perspectiva decisiva para su reforma. Pero, en definitiva, la concepción básica del Estado secularizado y de las tendencias hacia una tolerancia religiosa las tomaría Pedro del pensamiento de Prokopovitch.

Las guerras, con sus enormes demandas fiscales y materiales, supusieron un mecanismo de primera magnitud en las transformaciones económicas de Rusia. En efecto, la reforma del ejército y la creación de la armada exigieron un esfuerzo fiscal considerable. El propio zar, ante el Senado, lo sintetizó con una frase evidentemente poco original pero de indudable realismo: *El dinero es la sangre que nutre las arterias de la guerra.* Y los escasos datos estadísticos disponibles lo corroboran: los gastos militares pasaron de 1,4 millones de rublos en 1680 a 3,3 en 1710, llegando a los 8,5 millones en 1724; dicho esfuerzo bélico llegó a consumir entre 1701-1708 el 80 por 100 del presupuesto estatal, cerrado casi siempre con déficit.

Las secuelas de la enorme presión fiscal fueron inmediatas —devaluación de la moneda— pero los efectos, aunque graves para la población, no llegaron a ser catastróficos. Ello fue debido a una serie de medidas fiscales e incluso desamortizadoras: apropiación del patrimonio de los monasterios, generalización de los monopolios del Estado, extensión de la tributación indirecta y perfeccionamiento de la capitación. Se crearon impuestos por el uso de la barba, los ataúdes de roble, el uso de baños, el tabaco, etcétera. El gravamen de la sal hizo que duplicara su precio, y el derecho de amonedación de la plata se incrementó de manera ininterrumpida.

Más eficaz, aunque con graves secuelas sociales, fue la extensión de la imposición directa. En 1718 el zar dictó un *ukase* ordenando la elaboración de un censo general de la población masculina excepto, lógicamente, la privilegiada: nobles y clérigos. La finalidad perseguida era evidente en el contexto del antiguo régimen: evaluar la población que podría pagar impuestos y nutrir las necesidades del ejército. A partir de sus resultados se estimó una carga fiscal media de 74 kopecs por pechero, que se vio incrementada en otros 40 más en el caso de los campesinos siervos del Estado; no fueron excluidos los pobres, a los que se distribuyeron cantidades menores. Estas medidas produjeron gran malestar en los campos: las evasiones de campesinos aumentaron y el endeudamiento generalizado se convirtió en una realidad crónica. El éxito fiscal, no obstante, fue enorme.



Catedral de San Basilio, Moscú, a comienzos del siglo XVIII

Además de las transformaciones fiscales, el esfuerzo bélico constituyó, sobre todo, un poderosísimo estímulo sobre el sistema económico, que experimentó un notable aumento productivo. Ello hizo, sin embargo, que los contrastes existentes entre el desarrollo de la agricultura y el sector manufacturero se agigantaran. Pedro mostró siempre escasa preocupación por la agricultura y los problemas de la economía rural, salvo el deseo reiteradamente expuesto de colonizar y poner en producción las nuevas tierras de la zona del Caspio. De hecho, llegó a ofre-

cer a extranjeros, por cantidades casi simbólicas, extensos territorios, con la capacidad para sus propietarios de reproducir esquemas casi feudales con el campesinado que allí fuese asentado. Pero la preocupación del zar en materia económica se polarizó sobre todo en el desarrollo de las manufacturas y en los establecimientos industriales.

Pedro I había heredado un país abrumadoramente agrícola y con un desarrollo industrial nulo o casi irrelevante. El esfuerzo industrializador fue extraordinario: en veinticinco años se crearon 178 fábricas, la mayoría de ellas bajo la iniciativa o el apoyo del Estado; en 1725 Rusia llegó a contar con casi doscientos establecimientos industriales. Sin embargo, el desarrollo industrial estuvo desde su origen fuertemente desequilibrado por la razón de que el principal cliente fue el Estado mismo. Fue éste quien determinó, con una demanda específica, la excesiva polarización de las producciones rusas: metalurgia, minería, construcción naval, armamento, textiles y, en general, productos demandados por el ejército. Ello desembocó en un dirigismo económico de resultados funestos, porque hizo que las únicas industrias exportadoras —casi en su totalidad, siderúrgicas— fueran de constitución privada. Por el contrario, las fomentadas directamente por el Estado o dependientes de su demanda, pese al impulso que supuso la contratación de técnicos extranjeros, no pudieron obviar las limitaciones estructurales del sistema económico dirigista.

En este sentido, la labor de Pedro —para algunos, el Colbert ruso— no cumplió todos sus objetivos, quizá por plantear una política industrial y comercial que se anticipó a su tiempo. En la base de su fracaso existió una serie de causas limitadoras: no supo desarrollar un modelo económico adaptado a las posibilidades reales de Rusia y, particularmente, no tuvo la capacidad suficiente para conectar y sintonizar a su país con el devenir económico de la Europa de su momento. Y ello, pese a la apertura del comercio con San Petersburgo, a los intentos de mejora de las estructuras agrícolas y ganaderas y al impulso a las actividades industriales: creación de compañías de comercio, privilegios comerciales, medidas administrativas, etcétera.

Pedro I fue un gran defensor de los mercaderes y en esta época se publicaron, con su apoyo, brillantes trabajos —inspirados en teóricos occidentales— sobre el papel central del comercio en la economía rusa. Uno de estos estudios, publicado en 1724 —el *Libro de la pobreza y la riqueza,* de Pososhkov —reflejó cabalmente el pensamiento del monarca: productividad, dinamización del comercio interior y exterior, y elevación del nivel de instrucción de los rusos.

Revueltas internas

La reforma fiscal y económica tuvo, sin embargo, altos costes sociales. La protesta fiscal unida a las continuas levas militares e industriales y, en definitiva, a los males crónicos arrastrados secularmente por el campesinado, ocasionaron un sinfín de motines y revueltas. Eran casi todas ellas espontáneas y carentes de articulación, e invariablemente tenían como escenarios las zonas rurales del Sur y Sureste del país.

Junto a las protestas de carácter esporádico, Pedro I no pudo evitar la existencia de grandes revueltas centradas —no casualmente— entre 1705 y 1711; es decir, en el período de la Guerra del Norte y del máximo esfuerzo bélico y fiscal del reinado. En 1705 se produjo la gran revuelta de Astracán, alimentada por la generalización de las levas, las excesivas cargas fiscales y los abusos y corrupción de los funcionarios; los rebeldes lograron entonces unir a su causa a casi todo el campesinado del Sureste. Pronto se sumaron a ella los *streltsí,* los soldados y los sectores menos favorecidos de las ciudades; en 1706, tras un año de disturbios y saqueos, el Gobierno sofocó la revuelta.

Otra rebelión, aunque esta vez de carácter nacionalista y sin conexión con las protestas populares, se produjo en 1705 en Baskiria. Originada por las apetencias independentistas de las oligarquías locales, tuvo en ocasiones el apoyo de los campesinos. La pretensión de aquéllos de integrarse como protectorado de Turquía, restó posibilidades a la revuelta, que fue ferozmente acallada por el zar en 1711, después de cuatro años de hostilidades.

Sin embargo, el más grave e intere-

sante de los movimientos populares se produjo en 1707 en la zona del Don. Promovida por K. Bulavin, la rebelión se mantuvo por la colaboración de un campesinado exasperado por sus condiciones de vida. En un principio el poder no dio excesiva importancia al hecho, confundiéndolo con un motín más. En 1708, sin embargo, la protesta se había extendido por todo el Sureste sumándose a ella incluso grupos sociales urbanos y, sobre todo, ciertos pueblos no rusos siempre proclives a alzarse contra la autoridad del zar, como los tártaros.

Bulavin ocupó la ciudad de Cherkask aprovechando un motín de las clases más pobres; luego con un poderoso ejército intentó conquistar Azov, ante cuyos muros fue derrotado, muriendo poco después tras una conspiración de los cosacos. No obstante, el movimiento de protesta, lejos de sucumbir tras la desaparición de su líder, empezó a extenderse por las áreas centrales de Rusia poniendo en peligro la estabilidad de Pedro I, en ese momento ocupado en la guerra con los suecos. En 1708 los ejércitos imperiales acabaron definitivamente con la revuelta; sin embargo, la inestabilidad social en los campos permaneció, y de hecho, secuelas de la protesta de Bulavin siguieron mostrándose en 1709 y 1710, por medio de motines y protestas desorganizadas.

Otra consecuencia de la guerra, aunque muy matizada por necesidades presentes desde el comienzo del reinado y por la experiencia del absolutismo occidental adquirida en su viaje por el zar Pedro, fue la reforma de la administración del Estado.

La administración que heredó acumulaba todos los males posibles: lentitud, desvertebración, insuficiencia debida a la extensión territorial de la monarquía y, sobre todo, carencia de una burocracia especializada y eficaz. En 1699 se dictaron los primeros decretos con el fin de articular la administración local y territorial, que se plasmó con la potenciación de los ayuntamientos, hasta entonces ferozmente divididos entre pobres y ricos, y en la agilización de las instituciones territoriales, aunque siempre con la finalidad primordial de mejorar el sistema tributario. Estas primeras medidas fracasaron por la inexistencia de una burocracia mínimamente preparada, y por los males de una corrupción endémica y generalizada.

Con el auge de la guerra y la necesidad de racionalizar los esfuerzos bélicos del país, la reforma administrativa se hizo urgente en los planes del zar. Pedro sustituyó el modelo tradicional centralista de las decisiones por un sistema colegiado de clara inspiración occidental. Pensaba que las bondades de las decisiones colegiadas agilizarían la administración frente al modelo obsoleto de un único responsable. No obstante, el funcionamiento de este sistema se vio enturbiado por la misma falta de tradición en la cultura administrativa rusa de instituciones sinodiales, por las resistencias de los antiguos altos funcionarios ahora desplazados y, en definitiva, por la inconcreción de las funciones asignadas que, en última instancia, acabaría definiendo caso por caso el propio zar.

En 1711 Pedro I creó el Senado como órgano superior de la administración del Estado, con la voluntad de que sus decisiones tuvieran el mismo efecto que las dictadas en persona por él. Pero de nuevo, aunque potenciado con funciones de control, de Hacienda y de alta instancia de Justicia, su eficacia se vio mermada por la inexistencia de una articulación administrativa y de unos funcionarios eficaces y preparados. Además, en la práctica, el Senado vio reducidas sus funciones originales por la misma dinámica de la Administración: sus oficiales e inspectores —con poderosas atribuciones en el control de la administración territorial— escaparon con facilidad a su tarea de inspección, reproduciéndose los males seculares: desvertebración y corrupción en la gestión.

El fracaso de esta reforma, en definitiva, se produjo también por el carácter personalista, autocrático, del propio Pedro, del que dependía en última instancia cualquier decisión sustantiva: el ritmo administrativo estuvo siempre marcado por los esfuerzos personales del zar. Influyeron, además, otros factores estructurales: el insuficiente número de funcionarios, la polarización de la nobleza y otros grupos sociales hacia el servicio militar, y el rechazo de algunos —por motivos ideológicos y religiosos— a colaborar con instituciones emanadas de un poder al que siempre consideraron enemigo.



Por último debía añadirse la escasa preparación cultural de ciertos sectores sociales que hubieran podido servir al Estado. Sólo en algunos aspectos concretos la reforma obtuvo algunos éxitos parciales, como fue la creación de algunas divisiones administrativas que intentaron racionalizar la ordenación de la inmensidad territorial del Imperio.

La nobleza ante el cambio

Al hablar de las reformas de Pedro el Grande siempre debe plantearse la actitud de la nobleza hacia el servicio del Estado; toda vez que constituyó el único estamento de la sociedad rusa con la suficiente capacidad —real o potencial— para asumir la gestión de los asuntos públicos.

La nobleza, por el peculiar sistema de vínculo vasallático que mantenía con su zar, siempre concibió la prestación de servicios militares como una obligación natural de su estatus social, siempre que dichos servicios tuvieran un carácter excepcional —guerra— y nunca fueran una actividad permanente, reglada o que alterara su ritmo vital. En definitiva, el noble ruso jamás se consideró un profesional al servicio del Estado. El gran éxito de Pedro I fue el de convertir a la nobleza en un colaborador obligado del Estado.

En la base de la resolución del zar se encontraban necesidades, originariamente, militares. En efecto la densidad de su política exterior y, en particular, la prolongada lucha con Suecia en la Guerra del Norte exigió la transformación de las prestaciones temporales tradicionales en una dedicación militar al Estado permanente muy cualificada, debido al progresivo perfeccionamiento de los materiales y técnicas de la guerra moderna. Pedro I se mostró en este aspecto inflexible en su postura: en 1714 prohibió a los miembros de la nobleza contraer matrimonio, a no ser que hubieran adquirido previamente un razonable conocimiento de la matemática; en 1716 ordenó que los nobles, antes de acceder a la oficialidad, pasaran previamente un período de formación como soldados rasos.

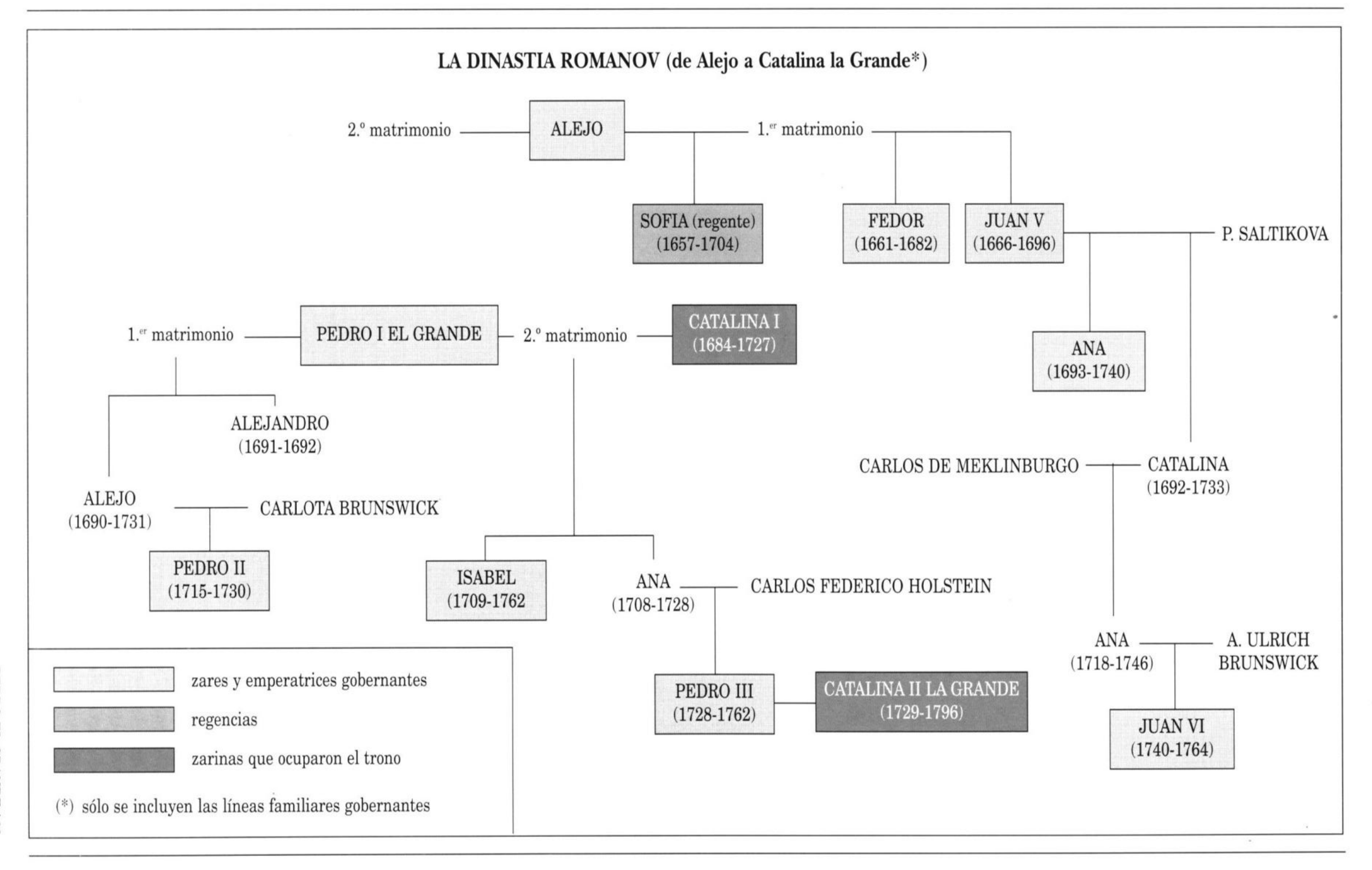
Desde ese momento la nobleza quedó identificada con el servicio permanente al zar y al Estado. Además, la obligatoriedad de servir como soldados rasos, hizo que la mayoría de los soldados nobles sirviera en la proximidad del monarca en los regimientos de su guardia personal. Este hecho fue de enorme importancia: se creó un espíritu de cuerpo, de fidelidad a Pedro, que éste utilizó con gran eficacia al nombrar antiguos soldados de su guardia delegados y comisarios personales con total capacidad de gestión, llegando incluso a poder arrestar y poner en prisión a burócratas corruptos.

El noble ruso de la época de Pedro el Grande debió su formación integral al Estado y al zar. El ejército fue su escuela, en la que aprendió los principios de fidelidad al gobierno de orden y de claridad. Así —como ha sintetizado certeramente Roland Mousnier— bajo la presión del Estado, el asiático se convierte en occidental. De esta forma, la nobleza rusa empezó a concebir al propio Estado y al resto de la sociedad desde la perspectiva de lo militar: su cosmovisión, su idea de la organización social y su cultura, fueron exclusivamente militares.

Desde su nacimiento, el noble tenía marcado un ritmo vital mediatizado por el Estado. Cuando cumplían siete años todos los hijos de la nobleza eran registrados en libros especiales y, a continuación, se les obligaba a aprender a leer y a escribir. Posteriormente, a los doce años sufrían un duro examen ante ciertos consejos para demostrar la posesión de unos conocimientos mínimos. Una parte de estos muchachos volvía a sus hogares, donde se iniciaba en la administración del patrimonio familiar: gobernaban sus casas, organizaban sus explotaciones, a las que se exigía tener un mínimo de cien campesinos sometidos a servidumbre, se casaban y tenían hijos, a los que estaban obligados a educar personalmente en materias como la aritmética, la geometría y la religión.

Otros jóvenes nobles eran dedicados desde entonces a prepararse para el servicio al Estado, ingresando en sus escuelas especiales. Al cumplir los dieciséis años sufrían nuevos exámenes ante un consejo escolar de revisión. No superar las pruebas marcaba un triste destino para el joven noble: era destinado a la armada, donde servía como simple marinero y su vida quedaba definitivamente truncada al perder cualquier derecho de promoción en el servicio al Estado. Los que superaban las pruebas proseguían una formación que duraba hasta los veinte años, cuando pasaban al servicio del zar tras superar un último examen de geografía, historia y técnica en fortificaciones.

Rehusar el servicio obligatorio fue considerado como delito contra el zar. Los jóvenes que rechazaron tales prestaciones acabaron con frecuencia deportados en Siberia, sometidos a durí-


LA DINASTIA ROMANOV (de Alejo a Catalina la Grande*)
2.º matrimonio
ALEJO
1.er matrimonio
SOFIA (regente) (1657-1704)
FEDOR (1661-1682)
JUAN V (1666-1696)
P. SALTIKOVA
1.er matrimonio
PEDRO I EL GRANDE
2.º matrimonio
CATALINA I (1684-1727)
ANA (1693-1740)
ALEJANDRO (1691-1692)
CARLOS DE MEKLINBURGO
CATALINA (1692-1733)
ALEJO (1690-1731)
CARLOTA BRUNSWICK
PEDRO II (1715-1730)
ISABEL (1709-1762
ANA (1708-1728)
CARLOS FEDERICO HOLSTEIN
ANA (1718-1746)
A. ULRICH BRUNSWICK
PEDRO III (1728-1762)
CATALINA II LA GRANDE (1729-1796)
JUAN VI (1740-1764)
zares y emperatrices gobernantes
regencias
zarinas que ocuparon el trono
(*) sólo se incluyen las líneas familiares gobernantes

simas penas bajo un verdadero sistema policíaco. No obstante, el rigor de la época de Pedro el Grande no pudo ser mantenido por sus sucesores; desde 1736 se autorizó que uno de los hijos de la familia —bien por decisión del padre o por acuerdo de los hermanos— quedase exento del servicio obligatorio con el fin de administrar los dominios familiares... En 1762 se abolió la obligación del servicio, medida luego ratificada por Catalina II en 1785.

El servicio militar fue, pues, prioritario para la nobleza. No obstante, una tercera parte de la juventud noble fue destinada, también obligatoriamente, al servicio civil en la Administración, aunque siempre éste tuvo un carácter subsidiario o de segundo rango. En efecto, Pedro I estableció una aquilatada jerarquía con doce rangos, a su vez subdivididos en tres sectores que correspondían —también jerárquicamente— a funciones militares, civiles y cortesanas. La pertenencia a los ocho primeros rangos aseguraba la transmisión hereditaria de la nobleza, con lo que ésta, de suyo basada en la sangre, se transformó en un mérito adquirido y emanado directamente del zar. Por primera vez en Rusia se era noble por el servicio al Estado y no por el simple nacimiento dentro de una familia noble. De esta forma pudieron acceder al estamento privilegiado personas plebeyas e, incluso, extranjeros.

De igual forma, muchos nobles de sangre dejaron de serlo al verse expulsados del servicio al Estado: la pérdida del empleo militar o civil conllevaba la ruina, el desprestigio y el abandono de títulos y rangos. Muchos nobles de rancios linajes se vieron en esa situación, cuando su ineficacia o falta de dedicación les impedía seguir el *cursus honorum* exigido, cayendo en una situación próxima al semicampesinado.

Si el servicio al Estado era en sí mismo ennoblecedor, Pedro I dio enormes posibilidades a ciertos grupos sociales, no nobles pero con la suficiente preparación y posibilidades económicas, para acceder al servicio en la Administración y, en consecuencia, al estamento privilegiado. Sin embargo, desconocemos realmente el número de los plebeyos que lograron sus propósitos. Se sabe que el Senado ordenó que más de mil siervos de la nobleza que supieran leer y escribir fueran adscritos obligatoriamente a la Administración y convertirdos en oficiales. Las crecientes necesidades del servicio al Estado abrieron también las puertas de la nobleza a extranjeros, especialmente a los alemanes tras la incorporación de las regiones del Báltico.

Educación y cultura

En definitiva, el Estado diseñado por Pedro el Grande produjo el efecto revolucionario de cambiar la esencia tradicional de la nobleza; la convirtió en un estamento abierto aunque no exento de tensiones producidas por una jerarquización extremadamente minuciosa y radical. Ello, sin duda, condenó las propuestas de este zar a un futuro incierto, como hemos visto.

Pedro I consideró siempre que uno de los males estructurales de la sociedad rusa y, en consecuencia, limitador de su política de reformas era el bajísimo nivel de instrucción y educación general de la mayor parte de los sectores sociales, incluida la nobleza. Así, orientó su esfuerzo a crear un sistema educativo que instruyera a aquella parte de la sociedad dirigida al servicio al Estado. En un principio fundó las denominadas *escuelas de número* con la pretensión de extender el conocimiento de la matemática, disciplina considerada por Pedro como básica y por la que sentía especial predilección; los cursos tuvieron carácter obligatorio, hasta el punto de que quienes no los superaran no podían contraer matrimonio. No obstante el empeño del zar, estas escuelas primarias fueron un rotundo fracaso por la carencia de medios y, sobre todo, de personas capacitadas para la enseñanza.

Otros intentos de hacer descansar la educación en maestros de origen eclesiástico y militar tampoco fueron satisfactorios. A ello se unió la indefinición de la propia reforma educativa y su proyección social; porque, en efecto, lo que en un principio se consideró una enseñanza obligatoria dirigida a ciertos sectores sociales medios, muy pronto se vio alterada por varios decretos en los que se eximía de dicha enseñanza a ciertos grupos que podrían haber sido el fundamento de los niveles medios de la administración: hijos de comerciantes, nobleza media, familiares de clérigos, etcétera. Ello demostraba, en el fondo, que el propio zar recelaba



Pedro I el Grande
(por Aert de Gelder,
Rijksmuseum,
Amsterdam)



o dudaba sobre los posibles titulares de la gestión directa del Estado.

La enseñanza predicada por el Estado fue decididamente secular; en esta decisión influyeron fundamentalmente dos factores: por una parte la Iglesia carecía de una impronta racionalista para enseñar, si es que era capaz de enseñar algo más que a rezar de memoria. Por otra, no podía entregarse a una institución antagónica al zar la responsabilidad de educar a la sociedad y, menos aún, de formar los cuadros dirigentes del Estado. Además de secular, la enseñanza ideada por Pedro el Grande debía ser racional, moderna; en ella destacaría la fe en la fuerza de la razón y en el beneficio del conocimiento de las ciencias naturales.

En la práctica, la obra educativa más permanente de Pedro el Grande fue la fundación de la Academia de Ciencias, que diseñó pero no llegó a ver materializada. La había concebido no sólo como una institución científica sino como básicamente educativa al más alto nivel.

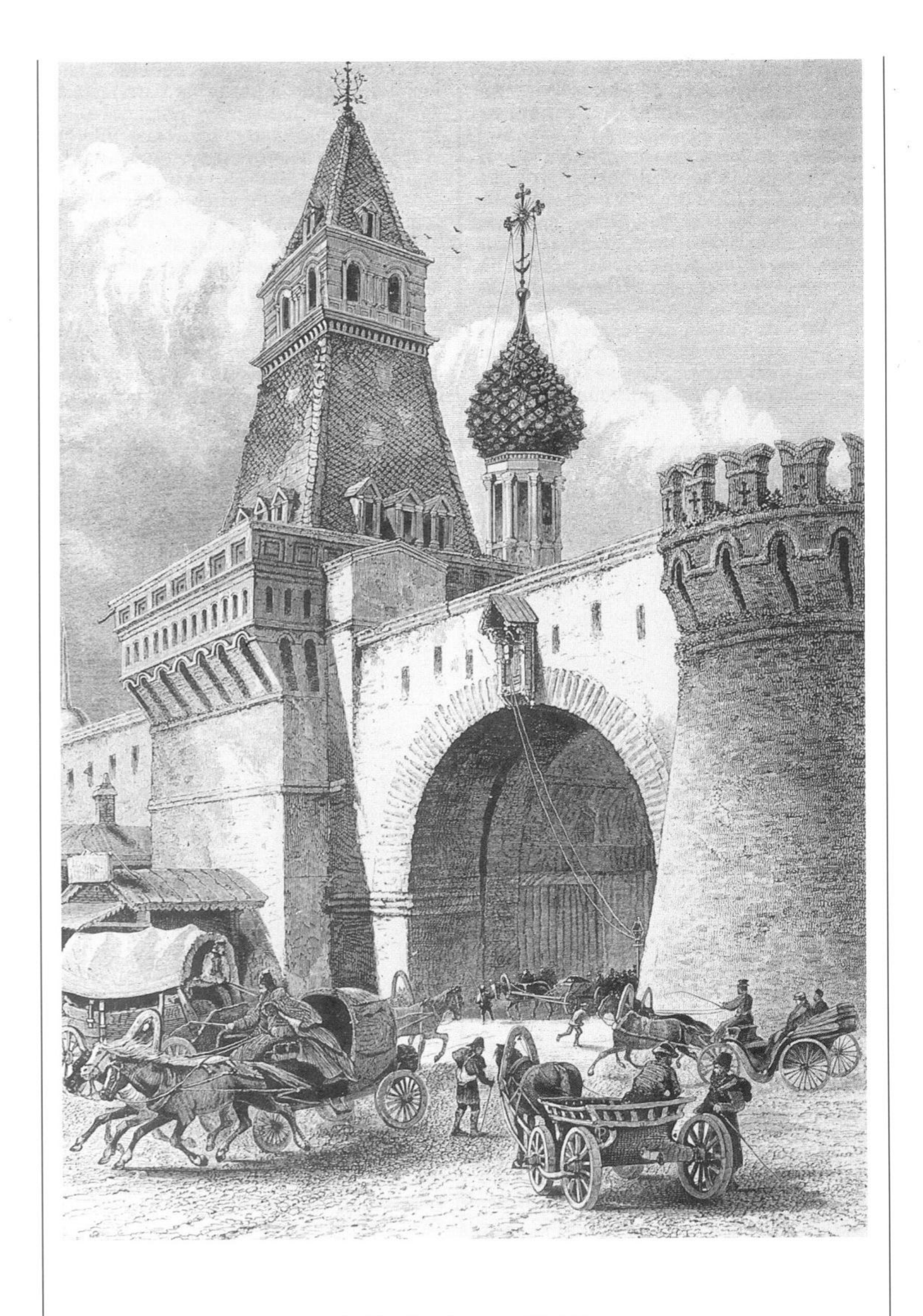
En su proyecto de reforma educativa el zar no descuidó las escuelas religiosas. El primer paso fue la eliminación del sistema tradicional eclesiástico basado en una ortodoxia completamente opuesta al ideal racionalizador propuesto por él. En un segundo momento —con el apoyo de su teórico Prokopovitch— subordinó también las estructuras existentes a las necesidades del Estado. En efecto, la política educativa respecto al clero se fundamentó en dos hechos: vincular a aquellos jóvenes formados en las escuelas eclesiásticas al servicio de la monarquía, y elevar el nivel de la formación en colegios y seminarios de la Iglesia. Esto explica la elevación al rango de Academia del célebre Colegio Mohyla de Kiev en 1701, así como tambien las instrucciones dadas a su colaborador, el exarca Iavorski, para que diseñara y reorganizara las materias y las técnicas educativas ortodoxas. Se impone el latín como lengua de los colegios y seminarios; más tarde, en 1738, se incorporarán el griego y el hebreo.

Estas reformas, en principio localizadas en los colegios de Kiev y Moscú, se extendieron después a gran parte de las escuelas religiosas del Imperio; así se reorganizan o fundan colegios tan famosos en la cultura rusa como el Eslavo-Latino de Chernigov, la Escuela Eslavo-Rusa de Tobolsk o el Instituto Eslavo-Griego de Novgorod; además, se obligó a estos establecimientos a admitir a alumnos no eclesiásticos. Más tarde, por el reglamento religioso de 1721, se animó a todas las dignidades de la Iglesia a fundar escuelas elementales y seminarios en cada obispado o monasterio.

La ciencia

De manera paralela a la educación, Pedro I estimuló desde el poder el desarrollo de la cultura y de la ciencia, siempre bajo el modelo de los avances occidentales. Para el zar la ciencia y la cultura constituyeron el medio más eficaz para transformar la visión del mundo del hombre ruso; con la arquitectura, la pintura, la literatura... adquiriría el gusto estético del hombre moderno.

Nunca en Rusia se había construido una cultura en torno al libro: a imitación del zar surgieron ahora riquísimas bibliotecas que fueron nutridas con las mejores producciones de las imprentas europeas. Por iniciativa y apoyo económico directo del monarca, los mejores estudiantes fueron enviados al extranjero para conocer las lenguas de la cultura del siglo XVIII y familiarizarse con las ciencias físicas y naturales, la medicina y la técnica. Durante su reinado fue frecuente la presencia de estos estudiantes en las más afamadas universidades europeas



Arriba, Moscú, puerta Nikolski del Kremlin, siglo XVIII. Izquierda, retrato de Pedro I

y en las mejores escuelas técnicas, como las de París, Venecia, Wittemberg, Jena, Leipzig, Halle, Gotinga, etcétera.

La imposición de estudiar en el extranjero tenía el carácter obligatorio dado al servicio militar y administrativo al Estado. Una vez formados en el exterior, a su retorno a Rusia los estudiantes venían obligados a servir en los puestos y cargos que les designaba el zar. Muchos de ellos, tras pasar por el Liceo de Glück, engrosaron las filas de una diplomacia que con el paso del tiempo alcanzaría renombre.

Pedro I no sólo importó las mejores obras de la literatura y la ciencia occidentales, sino que impulsó la creación nacional; en su época se publicaron obras decisivas como la *Gramática* de Smotritski, la *Aritmética* de Magnitski, preludio de la importante escuela matemática rusa, etcétera. El mismo zar participó en la redacción de una *Historia de la Guerra del Norte,* y fundó el primer periódico de la historia de Rusia: *Viédomosti* —Noticias—, que se imprimió por vez primera el 1 de enero de 1703.

Por su iniciativa personal se prepararon importantes expediciones geográficas; en 1697 Atlásov recorrió la península de Kamchatka; en 1711 los rusos llegaron a las islas Kuriles en 1725, siguiendo instrucciones del zar, Bering inició las exploraciones que le condujeron a demostrar que Asia y America estaban separadas por el estrecho que desde entonces lleva su nombre.

Pese a todos los esfuerzos, Pedro el Grande no pudo evitar que Rusia se acercara con recelo a la cultura y los usos europeos. Fue éste, pues, un acercamiento incompleto, fruto sin duda de una preparación y actitudes incapaces de asumir los esquemas de la cultura occidental. El zar se empeñó en que las elites —singularmente, la aristocracia— se sumergieran en la mentalidad europea, pero el resultado obtenido fue muy limitado.





Amante del teatro, en el que veía un excelente medio de difusión cultural, invitó a las grandes compañías del momento para que representaran en Rusia; pero el fracaso de la experiencia fue absoluto. Obras de Molière, como *El enfermo imaginario,* resultaron de muy difícil comprensión; otras del mismo autor, quizá más señeras del fermento cultural de ese momento como *Las preciosas ridículas* —representada en 1710— pasaron totalmente inad-

vertidas debido a su enorme complejidad.

Rusia después de Pedro

Con objeto de evitar el brote de graves alteraciones políticas a su desaparición, Pedro I —por un *ukase* de 5 de febrero de 1722— estableció un nuevo orden en el acceso al trono de los zares, algo que, en realidad, le otorgaba pleno poder para nombrar a su antojo a su sucesor. Dos años mas tarde, en enero de 1725, el zar fallecía sin haber tomado aún la decisión sobre quién habría de sucederle. Así pues, desde 1725 hasta el acceso al poder de Catalina la Grande, el Imperio ruso vivirá sumido en un prolongadísimo período de indefinición e inseguridad: la época denominada de los *golpes palaciegos* o de las *revoluciones de palacio.*

Al calor de la lucha desencadenada en pos de la legitimidad dinástica, diversos sectores nobiliarios —tanto los tradicionales como los aupados al poder por el difunto zar— irrumpieron en la vida política en beneficio de sus intereses y en el descrédito de la institución monárquica. Pronto los sectores más tradicionales —con el pretexto del desgobierno reinante— difundieron la idea de que los males que asolaban Rusia constituían un castigo de la ira divina por la autocracia del zar y los excesos de sus corruptos gobernantes que presentaron ante el pueblo como *favoritos licenciosos.*

En efecto, la lucha por el poder surgió cuando Pedro estaba todavía agonizando, la nobleza más rancia, representada por los príncipes Dolgoruki y Golitsyn, intentó entronizar a Pedro, hijo del infante Alejo. Para la nobleza de nuevo cuño apoyada en la Guardia imperial la corona debería recaer en Catalina, segunda esposa de Pedro y de humilde origen.





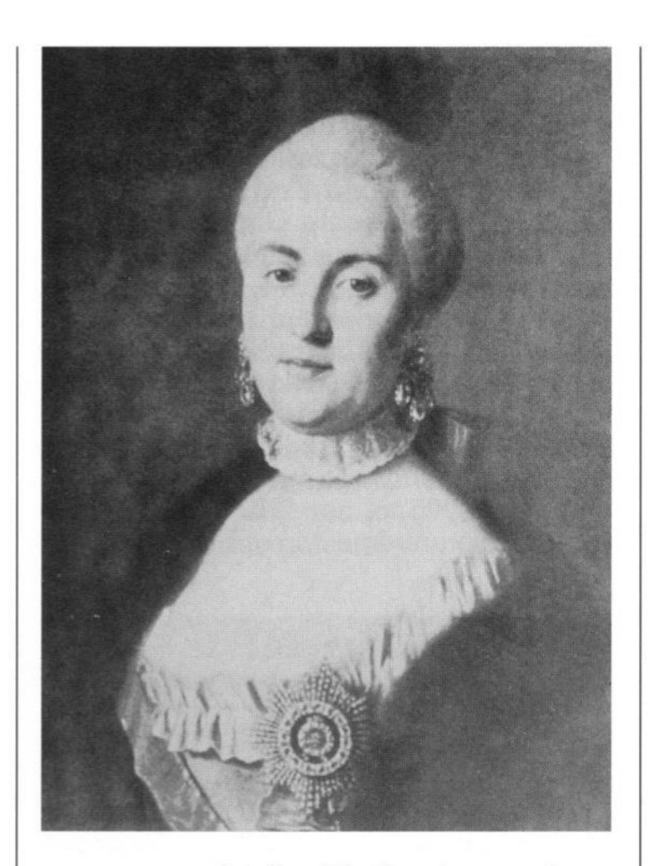
Los sucesores de Pedro I el Grande: de izquierda a derecha, Catalina I, Pedro II Alexeievich, Ana Ivanova y Pedro III Feodorovich

Proclamada emperatriz Catalina, el verdadero poder lo detentó Alejandro Ménshikov con la anuencia de la Guardia, que desde ese momento se erigió en garante y árbitro de la situación. Muerta Catalina I en 1727, ocupó el trono Pedro II (1727-1730), y con él compartió el poder la nobleza tradicional encabezada por Dolgoruki.

Sin embargo, el triunfo de esta nobleza tradicional fue tan efímero como la propia vida del nuevo zar. En 1730 es nombrada emperatriz Ana Ivanova, sobrina de Pedro el Grande y duquesa de Curlandia. Con ella las tradicionales rivalidades de los bandos nobiliarios de la corte ceden paso a la hegemonía del llamado *partido alemán* o nobleza del Báltico, personificada en Ernst J. von Bühren, conocido como Biron. Biron y su lugarteniente Ostermann desarrollaron una política que propició un evidente desarrollo de la actividad económica, obteniendo también un éxito no menor en el intento de racionalizar la compleja Administración central y territorial del Imperio de los zares. Ahora bien, estas conclusiones del grueso de la historiografía occidental no son compartidas por ciertos historiadores soviéticos, que han definido la política de Biron, de dinamización comercial —abolición del proteccionismo— y devolución de ciertas zonas del Caspio a Persia, como *antinacional* y afecta a los intereses de los comerciantes extranjeros, sobre todo los ingleses.

A la muerte de Ana el trono es ocupado por Iván VI, de apenas tres meses de edad. En la realidad el poder sigue en manos del impopular Biron, quien —ante el temor de una revuelta incontrolable— es apartado inmediatamente por un sector de su propio *grupo alemán* dirigido por el que hasta entonces había sido su lugarteniente, Ostermann. Este sólo permanece en el poder un año; en noviembre de 1741 la Guardia —una vez más— se erige en árbitro de la política de la corte, lleva a cabo un golpe de Estado, desaloja a los alemanes y grupos nobiliarios afines y sitúa en el trono, que un día ocupó el zar Pedro I, a su hija Isabel.

La nueva zarina se consideró heredera a todos los efectos de su padre, e intentó revitalizar la política por él diseñada. No obstante, la coyuntura histórica de ese momento le impidió desarrollar un programa político siquiera parecido. En su deseo de evitar la decadencia del Imperio, tuvo que apoyarse en un estamento dirigente integrado por una nobleza atraída por la cultura occidental, pero celosa de sus privilegios. En efecto, a cambio de su apoyo, la emperatriz tuvo que ceder a sus intereses, dado que la colaboración de esta aristocracia no fue desinteresada. La monarquía se vio obligada a dimitir como árbitro de las tensiones existentes entre nobles y campesinos, concediendo a aquéllos un poder absoluto sobre la vida de éstos. Tal decisión enervó aún más los ánimos de la vida en los campos, cuando el campesinado advirtió que el único medio para superar su lamentable situación era la confianza en el éxito de la revuelta. La nobleza incrementó, pues, todavía más su predominio cuando parte de los campesinos siervos del Estado pasó a ser de su propiedad, reforzando los derechos de servidumbre. A esta medida se unieron otras, si cabe aún más gravosas: capacidad de los señores para desterrar a los siervos a Siberia, autorización para venderlos como reclutas, etcétera.



Catalina II la Grande, en su época de Gran Duquesa (por Rotari, hacia 1600)

Con ello, la nobleza conseguía, en la práctica, encauzar en su provecho la política de sometimiento acometida por Pedro el Grande, desligándose definitivamente de las obligaciones con la administración del Imperio. Así, cuando Pedro III —sucesor de la emperatriz Ana— ordenó en 1762 la liberación de la nobleza del servicio obligatorio al Estado, no sólo se culminó un proceso largamente decantado, sino que evidenció la fragilidad del sistema creado por Pedro I. Desde ese momento quedó consolidado el poder de la nobleza corte-

sana y terrateniente, diferenciándose de la aristocracia media, que quedó convertida en el único apoyo de la maquinaria administrativa de la monarquía.

Pese a que el período entre Pedro el Grande y Catalina II fue, como vemos, de gran agitación política, Rusia experimentó durante el mismo notables avances en el terreno económico. El desarrollo agrícola se fundamentó en la creciente especialización de las producciones según las diferentes zonas geográficas del Imperio, en el aumento de la demanda interna y externa y, en general, por la optimización cualitativa y cuantitativa de las producciones. En algunas zonas —por ejemplo en la de Moscú— tuvo un enorme éxito el sistema de arrendamiento de tierras por los señores a los campesinos a cambio de las correspondientes rentas. De igual manera se observó un crecimiento, especialmente en el plano de la iniciativa privada, en la actividad manufacturera con la incorporación de nuevas zonas de gran vitalidad económica: Tula, Kaluga y, en general, el sur de los Urales. Sin embargo, el desarrollo fabril no fue completo, debido a la escasez de mano de obra; de hecho, la monarquía hubo de admitir la venta de campesinos a los propietarios industriales, la adscripción obligatoria de campesinos propiedad del Estado, a los centros manufactureros e, incluso, permitir que el campesinado pudiera integrarse —aunque, muy minoritariamente— en la actividad económica como pequeños comerciantes. En 1758 algunos de ellos fueron habilitados para integrarse en los gremios mercantiles.

Se encuentran, también, otros fenómenos que corroboran esa vitalidad en el período previo al reinado de Catalina la Grande: la fundación del Banco Nacional de Crédito en 1754, que dinamizó las necesidades financieras de comerciantes e, incluso, de nobles, la prohibición de aranceles interiores en 1753, complementada con medidas proteccionistas en 1757 en defensa de las producciones nacionales, etcétera.

Durante este período de transición la política exterior de Rusia dimitió, en buena medida, de los sueños hegemónicos diseñados por Pedro el Grande. Sin embargo, el mapa de intereses permaneció incólume en sus esquemas básicos; *la marcha hacia el Sur* se mantuvo para asegurar la exportación de las producciones ucranianas y evitar los peligros que podrían sobrevenir desde Crimea, especialmente la posibilidad de ciertas veleidades políticas cosacas. En el Norte y Oeste se consolidó el papel adquirido por Rusia, tras el tratado de Nystadt, en los esquemas europeos. En este sentido, siempre con beneficio, los zares jugaron con habilidad en los grandes conflictos europeos del momento, Guerra de Sucesión de Polonia y Guerra de los Siete Años, con su participación directa, o con la colaboración indirecta. Así se fue preparando la futura política exterior de Catalina II la Grande.

A la muerte de la emperatriz Isabel en 1761, accedió al trono Pedro III. Famoso por su *ukase* de *Libertad de la Nobleza,* ya comentado, sólo gobernó durante seis meses; destituido el 28 de junio de 1762 por un golpe palaciego de la Guardia, y asesinado posteriormente, fue sustituido en el trono por su mujer, una alemana, la futura emperatriz Catalina la Grande.

Bibliografía

Anderson, M. S., *La Rusia de Pedro el Grande,* en *Historia del Mundo Moderno,* VI. *El Auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725,* Barcelona, 1976. Aurich, P., *Russian Rebels, 1600-1800,* New York, 1976. Choduba, B., *Rusia y el oriente de Europa,* Madrid 1980. Corvisier, A., *Armées et sociétés en Europe,* París, 1976. Cracraft, J., *The Church Reform of Peter the Great,* London, 1971. Dmytryshyn, B. (ed.), *Modernization of Russia under Peter I and Catherine,* New York, 1974. Dukes, P., *The making of Russian Absolutism, 1613-1801,* New York, 1982. Goehrke, C., y otros, *Rusia,* Madrid, 1984. Kliuchevsky, V., *Peter the Great,* New York, 1961. Massie, R. K., *Pedro el Grande,* Madrid, 1986. Mousnier, R., *La monarquía absoluta en Europa,* Madrid, 1986. Nichols, R. L., y Stavrou, T. G. (eds.), *Russian Orthodoxy under the Old Regime,* Minneapolis, 1978. Raeff, M., *Peter the Great: Reformer or Revolutionary?,* Boston, 1966, *Comprendre l'Ancien Régime russe. Etat et société en Russie Imperiale. Essai d'interpretation,* Paris, 1982. *Understanding Imperial Russia. State and Society in the Old Regime,* New York, 1984. VV.AA., *La Rusie et l'Europe. XVI-XXe siècles,* Paris-Moscou, 1970.